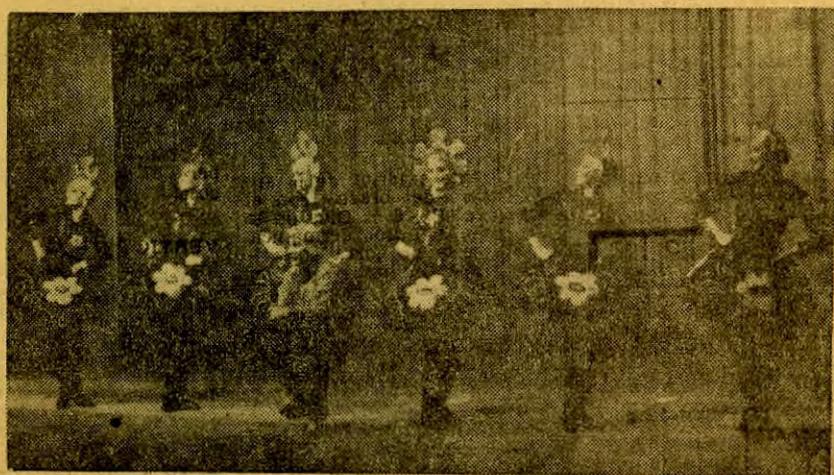
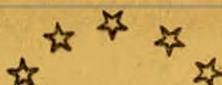


ULTIMO MIERCOLES
SUCESO T. CAUPOLICAN



GRAN MUSIC-HALL
PATRIMONIO UC
DE LA U.R.S.S.



**EXTRAORDINARIO EXITO CON 80 ARTISTAS VENIDOS
DE TODAS LAS REPUBLICAS SOCIALISTAS SOVIETICAS**

**MAÑANA ULTIMO JUEVES
UNICA FUNCION VERMUT A LAS 7.15**

**PROXIMO VIERNES DOS FUNCIONES
VERMUT A LAS 7 Y NOCHE A LAS 10**

**PROXIMO SABADO DOS PENULTIMAS FUNCIONES
EN VERMUT 7 Y NOCHE 10**

**DOMINGO ULTIMA FUNCION
EN VERMUT 7.15**

MARIA FLORA YAÑEZ Y SU OBRA EN EL CAMPO EDUCACIONAL

¿Qué requisitos debe tener una obra literaria para llegar a los lectores, más si estos constituyen un público tan difícil como son los adolescentes o los niños? Interrogante que siempre nos hemos planteado los maestros.

Cuando el escritor entrega una obra que obedece a la realidad y que es rica en fantasía y logra que el joven viva una comunicación con las imágenes que le transmite a través de sus páginas, hasta el punto que llegue a sentir las incorporadas a sus propias emociones, creemos que ha logrado su objetivo.

Nuestros alumnos, después de haber leído "OTRA COMARCA", de María Flora Yañez, han vibrado junto a los inquietos y profundos personajes de la novela, que corresponden a una realidad chilena.

La escritora se había destacado como una rica novelista en obras criollas, como "El Abrazo de la Tierra", o bien, de honda penetración psicológica, como "La Piedra" o "Las Cenizas", obra esta última que obtuvo el Premio Municipal de Novela el año 1952.

En "Otra Comarca" aligeró su pluma hasta estremecerse en sus evocaciones de infancia y adolescencia para entregarnos a los educadores una obra maestra en su género y que ha llegado a constituir una de las creaciones mejor logradas dentro de la literatura para adolescentes. No hay en ella estridencias ni gritos de protesta, por el contrario, aparecen las notas claras, diáfanas. Sus personajes tienen problemas, viven intensamente en sus pequeños mundos, pero no se incomunican, no se desorientan, hay en ellos buena pasta, sana estructura del hogar y del ambiente. Posiciones tan postergadas a veces en la literatura actual.

La obra se desarrolla en un plano de evocación de pasajes de infancia y primera juventud. La rememoranza está finamente utilizada, con un verdadero sentido del equilibrio. La expresión es sencilla, pura, en una prosa que surge sin esfuerzo alguno, plena de poesía natural.

María Flora Yañez, aunque maestra en el arte de narrar, no se detiene en la descripción de ambientes,



María Flora Yañez

que suele ser cansadora para el niño o el adolescente, pero en una visión del pasado que es suave como un batir de alas, nos habla de nuestros campos chilenos, de las Navidades con olor a chimeneas, de los barrios céntricos de Santiago con sus pesados carruajes, de los primeros amores, de las grandes figuras del arte, la intelectualidad y la política de ese Santiago de antaño.

Como obra hondamente humana, no dejan de apuntar en ella, junto a las notas cristalinas, las de dolor y tragedia, pero la escritora, en una búsqueda casi inmediata de la comprensión emocional, borra la amargura del drama con la esponjosa y fácil sonrisa de los niños.

La época más fértil en vivencias y emociones es indudablemente la adolescencia: la escritora, con su sensibilidad exquisita, así lo captó y afinó la cuerda hasta convertirse ella en niña y poder advertir así sutiles circunstancias en la vida amnética de sus protagonistas, a quienes logramos conocer hasta en sus más

íntimas reacciones psicológicas.

Recordar, en una buena literatura, supone la capacidad de hacer sentir al lector las propias emociones y vivencias del pasado.

Aunque el niño siente la presencia de la autora, a través de las páginas de "Otra Comarca", ve surgir ante sus ojos, en una visión sobria y plena de poesía, trozos y pasajes que le parecen de su propia vida.

La destacada escritora, que ya obtuviera el premio "Atenea", otorgado por la Universidad de Concepción a su obra, "Visiones de Infancia", también destinada a la juventud, se ha convertido así en la colaboradora de la labor educacional.

La obra fue estimada de altos valores pedagógicos por enriquecer una literatura que podríamos clasificar como "bura" en el más hondo sentido de la palabra.

El Ministerio de Educación le otorgó el galardón máximo, declarando la obra "Texto Auxiliar de la Educación Chilena".

AMALIA RENDIC G.
Profesora de Castellano.

María Flora y sus Visiones

Por Fernando Cuadra Pinto

Prefiero el título antiguo: "Visiones de Infancia". (Ahora se llama "Otra Comarca"). En él vibra la fina nostalgia del tiempo fugitivo. De los seres que perviven en el honor del recuerdo. De las cosas que retornan a nuestro dominio por un acto de creación. Porque María Flora Yáñez, en su conmovida evocación del tiempo secreto y maravilloso de la infancia, recupera el cosmos íntimo que se le desgranó en su ascensión de mujer. Tal vez sea éste uno de los elementos básicos que le otorgan a esta delicada re-creación de María Flora Yáñez un lugar de permanencia en la Literatura Chilena.

Veinte años me separaban de la primera lectura de "Visiones de Infancia". Hoy, en la quietud de la casona a un costado de la Estación Central; en el silencio creado por mi gente, en la penumbra fragante de la biblioteca, retorno a este libro fino, saturado de lirismo auténtico. Y parecen resurgir en él las melancólicas remembranzas azorianas, el dulzor crepuscular del libro increíble: "Platero y yo"; la imagen agrídulce de mi propia casona provinciana, ya desdibujada por el tiempo y la ausencia.

¿Qué es lo realmente valioso de "Visiones de Infancia"? ¿Su estructura arquitecturada con sabia eficacia y profundo conocimiento del recurso preciso? ¿Su estilo burilado, quintaesenciado, despojado del "efecto emotivo" por el efecto mismo? ¿O su lenguaje, proyección fiel y concreta del mundo interior, celosamente conservado en la sensibilidad de María Flora Yáñez?

Pensamos que cada elemento señalado y su integración armónica, jerarquizados en su utilización, contribuyen a la sobria estructura y expresión lingüística de "Visiones de Infancia", sin que por ello se pierda el

contenido emocional con que María Flora revive ese mundo hecho de afecto, de intimidad cordial, de profundidad sentimental.

Empero, hay un valor que estimamos necesario destacar por la autenticidad de su proyección. Fluye de "Visiones de Infancia" una nostalgia por lo humano trascendente, apoyada en el mundo de los seres y las cosas. Dicho mundo ha sido aprehendido por María Flora en cada hombre o mujer que señaló el dintorno de la infancia; en cada objeto que creó los límites concretos de sus sueños; en cada sentimiento, sensación o emoción que afinó su espíritu receptivo y creador. Y es este sentido de lo humano trascendente lo que concede a "Visiones de Infancia" una perspectiva y dimensión distintas en la Literatura Nacional.

No significa ello que hay un objetivo conscientemente buscado por María Flora. Sin esfuerzo, con extraordinaria economía de recursos, se desprende de la misma emoción contenida: la frágil hermana muerta, la casona en la colina, la patética y dolorosa Emily Hutchinson, la bizarra e increíble abuela Tupper y aquel "niño del retrato", ser vivo en la ausencia desgarrada: "Los niños hacen sufrir sin saberlo. Más tarde, a través de un vidrio de aumento, miran el mal que causaron en su inconsciencia. Y darían un mundo por remediarlo. Pero no siempre pueden tocar las cenizas del pasado".

Consideramos que este mundo así revivido en su proyección humana constituye el valor esencial de "Visiones de Infancia". Y éste sea, quizás, el valor permanente de una escritora como María Flora Yáñez.

ULTIMA PAGINA DE ESTA EDICION

Edición de 24 páginas - Precio: Eº 0,40

ARTES Y LETRAS



MARIA FLORA YAÑEZ

GENTE EN LA ONDA

María Flora Yáñez:

Pionera en Nuestras Letras

Pionera en Nuestras Letras

Por SONIA

Entre los nombres femeninos que figuran de cuando en cuando en las páginas de los diarios y en las antologías como mujeres importantes ya se nos han acostumbrado los ojos a leer el de María Flora Yáñez.

Un poco escondido en el tiempo está el recuerdo de un libro como LA PIEDRA, que en 1952 fuera Premio Municipal de Novela. También LAS CENIZAS, una de sus primeras incursiones en la novela psicológica, que agotó dos ediciones en poco tiempo y ¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO? ¿Y para qué continuar? La verdad es que tenemos una idea bien clara de los 10 libros que ha escrito. Pero detrás de esas tías portadas, que presentan las páginas, arbolándose, existe un ser humano, una mujer chilena, que vive en Santiago y que nos espera en su departamento de Tajamar un día a las 4 de la tarde.

Un enorme retrato de una mujer muy linda, dos plantas interiores, un armario repleto de libros por lado y lado y una cantidad de objetos que reflejan la visita a otros países, nos acompañan mientras esperamos a la figura principal. Nos acercamos a la ventana y tomamos conciencia de que nos hemos elevado 15 pisos desde el suelo y que el Mancho se vé mucho más imponente desde esa altura.

Suavemente entra al living una mujer menuda, de ojos oscuros y pelo más bien blanco.

—Tome asiento, por favor y nos señala, no un sillón cualquiera, sino que un sitio al lado suyo. Entonces nos damos cuenta que el contacto va se produciendo y que se acaba de romper el hielo.

—Usted fue una verdadera

pionera en nuestras letras. ¿Qué la impulsó a escribir?

—Desde siempre quise escribir, pero mi padre se oponía tenazmente, porque él había sufrido a causa de esto, y recuerdo una frase de él: "No te pongas en la línea del fuego", pero mi vocación fue más fuerte.

—¿Qué le ha aportado la literatura?

—Para mí es un mundo maravilloso donde me refugio de todas las penas. Algunos trozos de mis libros son verdaderas confesiones.

—¿Y usted qué le ha dado a la literatura?

—Yo le he aportado 10 libros, más uno que sale la próxima semana publicado por la Editorial del Pacífico y que se titula EL ULTIMO FARO. Le he dado a la literatura, por lo menos 5 horas diarias de mi tiempo.

—¿Pertenece usted a una familia de escritores?

—Bueno, mi padre, Elodoro Yáñez, fue el fundador de LA NACION y puso toda su alma en este diario, que fue uno de los mejores de su tiempo. Aparte de eso, uno de mis hermanos también fue escritor, pero en el año 1934, cuando publicó su libro MILTIN fue muy atacado por la crítica, sin embargo recién ahora lo consideran como uno de los precursores de Ionesco. Días atrás apareció en LA NACION un artículo de Jorge Tellier, donde habla de él.

LA SUGERENCIA, UNA CARACTERISTICA PERSONAL

—¿Quiénes han sido sus maestros?

—Para mí Proust es muy importante en prosa y Baudelaire en poesía, pero sobre todo siento que me ha marcado la literatura inglesa. En

mis obras siempre existe una sugerencia y esto es lo que me une a los ingleses. No sé de dónde me viene eso —dice sonriendo— tal vez de un abuelo inglés que tengo por ahí.

—Habiendo sido usted casada y madre de varios hijos, ¿su vida familiar no perjudicó jamás su afán por la literatura o viceversa?

—No, porque yo he sacrificado muchas cosas a la literatura.

¿Piensa que los valores humanos de una persona van unidos a su calidad de escritor?

—No, no creo, porque por ejemplo Verlaine fue un gran poeta y como persona no valía nada.

¿Cree que existen diferencias entre la literatura masculina y la femenina?

—Creo que hay grandes diferencias. La mujer debe ser mujer, para ser ella misma y no tratar de imitar al hombre, como estuvo de moda en la época de George Sand.

¿Cuál es la escritora que más le gusta?

—Me encanta Virginia Woolf.

¿Qué opina de Simone de Beauvoir?

—Tiene obras muy buenas, pero encuentro que es demasiado cerebral, que vuela poco.

¿Qué condiciones debe poseer un escritor para ser bueno?

—En primer lugar consagrarse completamente a su arte y segundo, derramarse en su obra, sin falso pudor.

LA SOLEDAD: UN PUNTAL DEL ARTE

—Se dice que la soledad está ligada al artista, ¿usted qué piensa?

—¡Es pavorosa la soledad del artista! —dice con tanto énfasis que convierte al concepto en un monstruo casi visible— Pero es el destino del artista. Un verdadero rescate de la creación.

María Flora Yáñez parece una persona serena, cálida, pero le aparecen en las ojos de repente unas sombras casi imperceptibles cuando toca ciertos temas. ¿Qué hay detrás de la mirada aterciopelada?

¿Cómo se definiría ante un desconocido?

Tiene una taza en una mano y con la otra sostiene la tetera del té a punto de servirlo. Ante la pregunta se queda con el gesto suspendido a medio camino y dice:

¿Cómo me definiría? ¿Qué difícil y se queda pensando un momento. Tal vez como una inadaptada.

María Flora tiene hijos, nietos, amigos, está incorporada de lleno a esa mole cotidiana que llamamos actualidad, pero guarda su independencia en su alto refugio de Tajamar.

¿Cuál es la condición que más admira en un ser humano?

—La generosidad, dice sin titubeos.

¿Tiene muchos amigos? —No tantos, los selecciono. Después de las 7 de la tarde necesito sumergirme en un torbellino, en una multitud. ¡Necesito a la gente! La mayoría de mis amigos son muy jóvenes, porque comparto sus ideas.

¿Está satisfecha con su vida?

—Sí, porque me he realizado con la literatura y con mis hijos.

Aún en el piso 15 de Tajamar se siente la caída de la tarde, cuando dejamos a la novelista a punto de caer en "la hora del torbellino".

Manos Femeninas Para Premio de Literatura



MARIA FLORA YAÑEZ
De criollista a la novelista psicológica.

Solo dos mujeres, Gabriela Mistral y Marta Brunet, han alcanzado el Premio Nacional de Literatura, que desde 1942 ha venido otorgándose a nuestros escritores más destacados. Los varones, que alcanzan a 23, van desde el poeta insigne Pablo Neruda al agresivo De Rokha; del cuentista (Lillo), al historiador (Francisco Encina);

del costumbrista (Coloane) al columnista de periódicos (Daniel de la Vega). Hay para todos los gustos, de todos los colores, con variedad de estilos y trincheras. Pero todos ellos, escritores valientes; de fina sensibilidad, de talento en la comunicación, brillantes poseedores del Premio Nacional de Literatura.

¿Quién será el vigésimo sexto Premio Nacional? La decisión correrá por cuenta de un jurado de cinco personas, que mañana, a las 11.30 horas, se reunirán en la Sala del Consejo de la Universidad de Chile. Ellos llevan la representación de serias

instituciones: Universidad de Chile (Eugenio González), Ministerio de Educación (Carmen de Alonso), Academia Chilena de la Lengua (Fernando Durán) y Sociedad de Escritores de Chile (Manuel Rojas y Jorge Edwards).

TERCERA VEZ
Según ha trascendido, el jurado está en ánimo de premiar, por tercera vez en 26 años, a una mujer que se haya destacado en el campo del cuento y la novela (en 1966, el Premio fue para el poeta Ju-

vencio Valle; ahora le corresponde a un prosista). El nombre que más se oye en los corrillos literarios es el de María Flora Yañez, que inició su carrera artística en 1933.

María Flora Yañez —hija de don Eleodoro Yañez— actualmente es viuda, con tres hijos que han heredado la vena de escritora de la madre. José ha publicado en Francia (medio muy difícil para los latinoamericanos); Alfonso ganó un concurso hispanamericano en Estados Unidos en la especialidad de cuento; y Mónica es una precoz autora teatral.

Los méritos literarios de María Flora van en crónica aparte, porque a juicio de la crítica y de decenas de escritores merece un rincón especial de esta página. Tal vez la única "contra" que María Flora tiene es... el hecho de ser mujer.

HISTORIA DE LOS PREMIOS

El primer Premio Nacional de Literatura fue para Augusto D'Halmar, quien lo recibió en abril de 1942, estrenando el flamante decreto 6130, de diciembre del 41, donde se creaba el galardón, asignándole una recompensa de 50 mil pesos. Lo curioso del caso fue que D'Halmar recibió el Premio de 1941 en abril de 1942, por atraso en la tramitación legal. El premio siguiente, dado después de la ley 7368, que lo instituyó con respaldo del Parlamento, se otorgó en 1943 y corresponde a ese año; resulta, entonces, que en 1942 no hubo Premio Nacional de Literatura.

La ley 7368 subió el monto de la recompensa a 100 mil pesos, los que fueron financiados por un mayor impuesto a la cerveza. En su articulado, la ley señala que se otorgará este premio cada año, en forma indivisible, al escritor chileno cuya obra u obras sean acreedoras a esta distinción y tengan trascendencia nacional. El jurado —el rector de la

Universidad de Chile, y representantes de la SECH (2), Ministerio de Educación (1) y de la Academia de la Lengua (1)— deberá emitir su fallo en un informe fundado, en el cual se pondrá de relieve, y en lo posible se analice a fondo, la calidad y trascendencia de la obra realizada por la persona que consideren acreedora al Premio.

En 1959 se dictó una nueva ley que modificó el monto de la recompensa anterior, subiéndolo a 5 mil escudos. Era lo menos que se podía exigir para dar una satisfacción "terrenal" a quienes lo habían dado todo por las letras nacionales.

Actualmente, esa cantidad ha sido nuevamente reajustada, esta vez a 20 mil escudos, los que serán entregados desde 1968, ya que aunque la ley que lo contempla (y que está por ser publicada) salga antes de que se entregue el Premio, ella señala expresamente que el monto sube a partir del primero de enero del próximo año.

LOS 25 DE LA FAMA

La siguiente es la nómina de los Premios Nacionales de Literatura. Teniendo solamente un libro de los autores nombrados, se puede afirmar que se tiene una biblioteca de primera categoría.

- 1942: Augusto D'Halmar.
- 1943: Joaquín Edwards Bello.
- 1944: Mariano Latorre.
- 1945: Pablo Neruda.
- 1946: Eduardo Barrios.
- 1947: Samuel Lillo.
- 1948: Angel Cruchaga.
- 1949: Pedro Prado.
- 1950: José Santos González.
- 1951: Gabriela Mistral.
- 1952: Fernando Santiván.
- 1953: Daniel de la Vega.
- 1954: Víctor Domingo Silva.
- 1955: Francisco Encina.
- 1956: Max Jara.
- 1957: Manuel Rojas.
- 1958: Diego Dublé Urrutia.
- 1959: Hernán Díaz Arrieta.
- 1960: Julio Barrenechea.
- 1961: Marta Brunet.
- 1962: Juan Guzmán Cruchaga.
- 1963: Benjamín Subercaseaux.
- 1964: Francisco Coloane.
- 1965: Pablo de Rokha.
- 1966: Juvencio Valle.

AUNQUE ES MUJER

En víspera del fallo del Jurado del Premio Nacional de Literatura —que este año viene atrasado como nunca—, cabe formular más de una pregunta indiscreta. Una sería, por ejemplo, saber si se otorgará con criterio de obra de beneficencia, favoreciendo con el disputado galardón al escritor más anciano y peor tratado por los manes domésticos y públicos. Otra pregunta, asimismo fuerte y algo destemplada, consistiría en averiguar si ha pasado por el espíritu de los miembros del Jurado la idea de seguir premian-do a varones, como si en Chile no hubiese bastantes mujeres que han dado lustre y gloria a nuestras letras.

Hasta el momento, la literatura femenina chilena tiene solamente dos Premios Nacionales. Uno es el de Gabriela Mistral (en 1951), que se lo otorgaron después que hubo recibido el Nobel de manos de los reyes de Suecia, ante la admiración y el fervor del mundo. No olvidamos que fue Julio Arriagada Nugier, por entonces Subsecretario de Educación y padre indiscutido del vapuleado y codiciado galardón, quien presionó para que se reparara la atroz injusticia de seguir negándole la máxima distinción nacional a quien había sabido ganarse la máxima de todo el planeta.

El otro Premio Nacional de Literatura es el de Marta Brunet (en 1961), recientemente fallecida en tierra uruguaya, donde nos representaba con esa dignidad y simpatía que trascendía de toda su persona, así como también de toda su obra.

Pero, ¿y después? Después, la mujer ha seguido siendo, en este país que un gracioso calificó de "matriarcal", el gran desconocido. O la gran desconocida... Inútil es que ella —la mujer— pruebe fehacientemente su alcurnia intelectual, su capacidad creadora, su genio. Como obedeciendo a un extraño atavismo, los premios y las situaciones espectaculares siguen y seguirán cayendo en manos masculinas.

Por si el Jurado que ha de presidir mañana Eugenio González, notable escritor, gran Rector y caballero a carta cabal, no padeciera de la endémica misoginia o ginefobia de otros, nos permitimos postular un nombre que, pese a sus largos y voluntarios exilios en el inquieto mundo de parisiense, está hondamente enraizada con Chile, donde ha publicado casi una docena de libros admirables, y editado una revista —"La Honda"—, que satisface zonas dramáticamente abandonadas del espíritu nacional.

Es una mujer que ha venido asombrando a la crítica con sucesiones gloriosas de grandes y pequeñas obras maestras literarias. "El Acraso de la Tierra", con dos ediciones, agotadas; "Mundo en Sombra"; "Espejo sin Imagen"; "Las Cenizas", dos ediciones, agotadas; "El Estanque"; "Visiones de Infancia", con tres ediciones; "La Piedra", Premio Municipal de Novela; "Juan Estrella"; "Antología del Cuento Chileno Moderno", con 2 ediciones; "¿Dónde están el Trigo y el Vino?"

Pocos varones, muy pocos, podrían competir con María Flora Yañez, no sólo en tesón y en riqueza bibliográfica, sino en calidad estilística, en genio creador, en logros definitivos. Alone ya ha juzgado digna de figurar en la más exigente antología de novelas cortas. Maestros de todas las latitudes han elogiado su depurado estilo, su arrasador poder de creación y su habilidad para dejarse leer sin tregua y sin fatiga. "Juan Estrella" está reputado como el más acabado modelo de "nouvelle" sudamericana. "Visiones de Infancia" trae estampas que se disputan el derecho a triunfar en Formentor.

Sólo una cosa impide un público reconocimiento de Chile a la más poderosa de sus escritoras: la desgracia de ser mujer, en una sociedad que desea marchar a la vanguardia en todo, menos en hacer justicia a sus escritoras.

CANDIDATOS AL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

por Miguel ANGEL DIAZ

El vigésimosexto Premio Nacional de Literatura correspondiente a 1967, llegará este año con evidente retraso. Lo contrario venía sucediendo desde 1942, cuando lo recibió en su primera edición el pontífice de las letras chilenas Augusto D'Halmar en abril de ese año y que después se mantuvo como tradición otorgarlo en el mes de septiembre de cada año y no como ocurrirá ahora que sólo lo discernirán el próximo 14 de diciembre.. Ojalá que este atraso, al parecer injustificado, sirva a nuestro jurado como una suerte de moratoria para estudiar con más calma la obra artística de una veintena de candidatos que esperan con renovada inquietud esta recompensa que, desde el presente año, ha sido alzada de cinco a veinte millones de nuestros escuálidos pesos.

La intelectualidad chilena, verá pues, enriquecerse su galería de espíritus selectos, cuando el agraciado número 26 cina a su frente el apetecido laurel del triunfo. En verdad, si hacemos un recuento de los posibles candidatos a "inmortales" de nuestras letras, no tendríamos que espigar mucho para citar algunos nombres que merecen con largueza esta distinción. Así, por ejemplo, encabezaríamos nuestra lista de honor mencionando quizás si al más digno representante de nuestra novela del suburbio, el autor de aquella obra admirable "La viuda del conventillo", el gran novelista ALBERTO ROMERO; luego seguirían en orden de precedencia, JUAN GODOY, por su virtuosismo literario que es posible apreciar siempre en cuota ascendente en obras suyas como "La cifra solitaria", "Sangre de murciélago", etc.; EDGARDO GARRIDO MERINO, notable buceador de las cosas del pasado, poseedor de un estilo decantado como puede apreciarse en sus obras clásicas "El hombre en la montaña" o bien "Maria de los Angeles", etc.; MAGDALENA PETIT, escritora especialista en temas históricos o de leyenda, todo ello en un estilo ágil, ameno, de tipo didáctico si se quiere, especial para recreación de nuestras juventudes, mostrándonos obras tan interesantes como "El Calcucho", "Los Pincheiras", "La Quintrala", etcétera; MARIA FLORA YAÑEZ, no le va en zaga, aunque su campo de acción diste mucho de lo apetecido por Magdalena Petit. La escritora de nuestras referencias, prefiere adentrarse en los problemas de nuestra tierra y de su ambiente social característico, filones éstos que explota magistralmente en obras como su novela "La Piedra", "Las cenizas", etc. Otro elemento femenino de primerísima categoría en el sentido del más puro esteticismo, incursionando incluso en aquellas zonas siempre vedadas de lo poéticamente onírico, es MARIA LUISA BOMBAL, de escasa pero depurada producción literaria al estilo de sus valiosas obras como "La amortajada" y "La última niebla", etc.

Entre aquellos escritores más recientes, no cabe duda que la figura de CARLOS DROGUETT se lleva todas nuestras preferencias. Basta recordar sus valiosas obras para sí valorarlo, tales como "Patas de perro", "Eloy", "60 muertos en la escalera". Le seguiría inmediatamente después, el andariego espíritu nacional de uno de los mejores intérpretes de nuestra literatura del mar y sus hombres, tal es SALVADOR REYES, a través de sus obras "Ruta de sangre", "Mónica Sanders", "Tripulantes de la noche", etc. Es notable, por otra parte, la sostenida trayectoria artística de DANIEL BELMAR, el vigoroso novelista del sur, mostrándonos cuadros de doliente humanidad en obras suyas tan valiosas como "Roble Huacho", "Coirón", "Los túneles morados", etc.; no menos interesante resulta reseñar la figura estelar de LAUTARO YANKAS, un estudioso de la realidad indígena nuestra a través de sus conocidas obras como "La risa del Pillán", "Flor Lumao", "El último Toqui", etc. En un mismo plano de la estimativa nacional, merecen mencionarse en primer término, el diplomático, cuentista y novelador de nuestro tiempo, LUIS ENRIQUE DELANO, cuyas obras "Lucés en la isla", "En la ciudad de los Césares", etc. son prendas de su bien reconocido talento. De igual modo, podemos pronunciarlos ante el recio impacto a las clases humildes que nos entrega

REINALDO LOMBOY, a través de sus bien estructuradas obras como "Ranquíl", "Ventarrón", etc.

Capítulo aparte significaría referirse a la interesante como exitosa carrera en el terreno de la exégesis literaria seguida por nuestro avezado crítico nacional, RAUL SILVA CASTRO. Si ayer se premió al decano de la crítica chilena, Hernán Díaz Arrieta ("Alone") y se olvidó lamentablemente hacerlo con la ya desaparecida figura de RICARDO A. LATCHAM, sería de justicia que en esta oportunidad se reparara en la labor de medio siglo en pro de nuestras letras que ha desempeñado con acuciosidad y talento RAUL SILVA CASTRO. Podemos agregar a éste, otro nombre tan valioso o más en este mismo plano, como lo es HERNAN DEL SOLAR, autor, además de valiosos libros para nuestra niñez como "Aventuras de Totora", "Cuando el viento desapareció", etc. Como el Premio Nacional de Literatura se otorga calibrando la vida total de un escritor, dedicada ciento por ciento al duro ejercicio de las letras, no procedería nombrar aquí a escritores de tan valioso registro creador como ENRIQUE LAFOURCADE, FERNANDO ALEGRIA, EDESIO ALVARADO, CARLOS ROZAS LARRAIN, etc. pues están en pleno período de creación artística, a pesar de que sus obras ya publicadas se hacen merecedoras a tan alta distinción.

El profesor Lazo Araya es, realmente, más conocido en Estados Unidos y en Europa que en Chile, su propio país. Tiene cerca de una docena de publicaciones hechas en el extranjero, principalmente en idioma inglés.

Sus trabajos sobre Simbiosis (asociaciones li-
quénicas experimentales) se citan en algunas Enci-
clopedias y en textos de Microbiología y son consi-
derados clásicos en la materia por algunos autores.
Ahora está trabajando en la flora fungosa de Chile
central. Le preguntamos a quién le daría el Premio
Nacional de Literatura y respondió:

—“Para empezar, se lo daría a una dama. Sólo
hemos tenido dos premiadas: Gabriela Mistral y
Marta Brunet. En Chile, sin embargo, ya se ha
reconocido el valor de la mujer en la Literatura...
Premiaría a una mujer que ha dedicado su vida a
las letras. Que ha producido y continúa produci-
endo. Que ha ejercido influencia sobre otros escri-
tores, aunque algunos de éstos no la reconozcan.
La escritora María Flora Yáñez. Reúne todos estos
requisitos. Lleva más de 30 años de labor literaria
continuada. Actualmente dirige la revista “La Hon-
da”, que es excelente. Al premiarla no sólo se le
reconocerían sus méritos, sino que sería como
premiar a toda una familia de literatos y periodis-
tas de gran categoría”.

—¿Qué libro está leyendo usted?

—“Terminando “Cien años de soledad”, de

García Márquez... y empezando “A sangre fría”,
de Truman Capote, una novela basada en hechos
reales y escrita con sentido periodístico. Se trata de
un crimen cometido en el año 1959 en Estados
Unidos, en la época en que yo estaba allá y más o
menos cerca de donde vivía... Hay quienes consi-
deran que la novela moderna debería seguir este
camino, basarse en hechos reales.

—¿Cómo elige sus lecturas?

“Soy algo convencional. Les creo a los criti-
cos. También leo la sección “best sellers” en las
revistas americanas... y me dejo impresionar por
lo que dicen “El Mercurio” y “Las Últimas Noti-
cias”.

El profesor Lazo Araya ha publicado artículos
científicos y de índole literaria en “El Mercurio” y
en “La Nación”; pero esa obra está dispersa.
Recientemente la Comisión de Publicaciones de la
Universidad de Chile aprobó la publicación de
“Hongos de Chile”. Es un atlas micológico (hon-
gos) y hemos tenido oportunidad de conocer algu-
nas diapositivas en color que aparecerán en el
libro.

Pero no es un sabio exclusivamente dedicado a
la ciencia. La verdad es que también tiene un libro
inédito de cuentos y hasta una novela en proyecto.
Pero todo está abandonado por ahora y ni siquiera
quiere hablar de ello...



María Flora Yáñez: Puede ser la tercera mujer que gane el Premio Nacional. La renuncia de Juvencio Valle al jurado disminuye sus posibilidades. Y también la constancia de Magdalena Petit.

JURADO LITERARIO

EL PREMIO

¿Cuándo se concederá el Premio Nacional? Se informa desde la Rectoría de la Universidad de Chile que a fines de este mes. Otra versión —no confirmada hasta el cierre de esta edición— da como fecha este sábado. Sea como fuere, la atribución del Premio siempre provoca polémicas. Por ello resulta importante conocer, además del juicio de los jurados, la opinión de los lectores. Envíe su voto.

La Sociedad de Escritores de Chile nombró como representantes suyos en el jurado a Manuel Rojas y a Jorge Edwards. El Ministerio de Educación designó a la escritora Carmen de Alonso. La Academia Chilena de la Lengua a Alejandro Garretón.

El crítico Filebo presenta así a los posibles candidatos:

Alberto Romero, excelente novelista que dejó de escribir hace treinta años.

Salvador Reyes, novelista, cuentista, memorialista, cronista. Su defensor número uno es Martín Cerda.

Edgardo Garrido Merino, de regreso en Chile después de una larga ausencia. Novelista, ahora también memorialista. Considerado un gran prosista en español.

Sorpresas: Carlos Droguett, Reinaldo Lomboy y Andrés Sabelle.

Mujeres, por orden alfabético.

María Luisa Bombal, largamente fuera de Chile.

Magdalena Petit, antigua luchadora de la novela.

María Flora Yáñez, narradora digna de ser bien leída.

María Flora y la Bomba en el Jardín

Por Dimas CORABIA

Con sus treinta y cuatro años de ininterrumpida labor creadora, María Flora Yáñez representa, entre nosotros, un acabado modelo de autenticidad y honradez literarias. Las excelencias de su estilo, el caudaloso ritmo de su poder narrador, el fino halo poético que ilumina y alivia su palabra, le han dado, desde sus primeros libros, un puesto de honor en nuestras letras. Pero no le han dado popularidad, entendido este vocablo en su sentido más peyorativo. No ha podido ser nunca escritora de multitudes, favorita de ignorantes. Como González Vera, no nació para halagar pasiones políticas u obscuras demandas pornográficas.

PREDESTINACION

Su caso es sensiblemente parecido al de su hermano, Pilo Yáñez, más conocido por su pseudónimo, Juan Emar. Fue éste, sin lugar a duda, el más ilustre representante del surrealismo en Chile. Y, desde luego, su pionero. Nadie, sin embargo, cita para nada sus fabulosos cuentos de "DIEZ" o de "MILIN". Admirado por la gente que sabe de literatura, la masa lo ignoró, como también lo ignoraron los domines de la crítica. Aparentemente, murió sin dejar huella.

—Yo creo que en esto hay algo así como una predestinación —dijo María Flora, mientras admirábamos los balcones de

su departamento, el panorama del río y los Andes—. Nacimos para ser olvidados. Además, no habría incentivo capaz de hacernos mover un dedo por conseguir un aplauso, una opinión, un voto.

—Sin embargo, su nombre circula con insistencia entre los postulantes al Premio Nacional de Literatura...

—Lo sé. Varios escritores se han acercado a decirme que soy su candidato. Junto con agradecerse, no he podido dejar de sonreír... ¿Yo, candidata? ¿Cómo en las elecciones, como en los concursos radiales? Es tan ajeno esto a mis hábitos de silencio, de ensoñación tenaz, que casi diría que siento ese ofrecimiento como una amenaza contra mi mundo, como una bomba en un jardín...

—¿Qué rasgo define lo esencialmente diferente de su literatura?

—La tendencia que tengo a borrar las fronteras entre la realidad y el sueño. En un comienzo, por ejemplo, en "EL ABRAZO DE LA TIERRA", era un poco temerosa y sentía un respeto mayor por esos límites. Posteriormente, tomé confianza y me entregué de lleno a esta suerte de testimonio integral que es el realismo mágico, que parece escribirse con el concurso de todas las facultades.

JUAN ESTRELLA

María Flora Yáñez ha entregado varios volúmenes que son maestros en su género. "LA OTRA COMARCA", nombre nuevo que dio en su tercera edición a sus antiguas "VISIONES DE INFANCIA" es, acaso, el más bello libro de recuerdos infantiles escrito en nuestra lengua. Estampas como "La Inglesa", "Se llamaba Inés", "Carolina", "Mi Abuela Tupper", o "La Seductora", quedarán como modelos.

—Yo, sin embargo, prefiero ese cuento largo —o esa novela corta— que se llama "JUAN ESTRELLA", doloroso retrato del ocaso de don Juan, el don Juan que yo atisé a la distancia, cuando pasaba a la adolescencia desde la niñez.



María Flora Yáñez

Jurado Literario.—

Premio Nacional De Literatura

Siguen llegando los votos a la encuesta que realiza la "REVISTA DE LOS SABADOS" de nuestro periódico sobre el próximo Premio Nacional de Literatura 1967. Entre las votaciones más insólitas registramos alguna por Baldomero Lillo, otra por Pablo de Rokha, dos por Pablo Neruda, y otra por Jacobo Danke —con la explícita nota Q. E. P. D.—. Este voto inesperado actualiza el deseo de muchos lectores chilenos, en el sentido de que, por una sola vez y en carácter extraordinario, se conceda —a título póstumo— el Premio Nacional de Literatura a Nicomedes Guzmán, Luis Durand y Olegario Laso. Las votaciones recibidas por la "REVISTA DE LOS SABADOS", hasta la fecha, son las siguientes:

Carmen Abalos	10
Homero Bascuñán	70
María Luisa Bombal	20
Carlos Droguett	90
Alfonso Escudero	40
Edgardo Garrido M.	50
Juan Godoy	10
Ramón Lira	30
Reinaldo Lomboy	20
Mahfud Massis	60
Nicanor Parra	90
Magdalena Petit	20
Salvador Reyes	30
Alberto Romero	20
Andrés Sabella	70
Raúl Silva Castro	20
María Flora Yáñez	100

Encuesta Premio Nacional

La encuesta realizada por la REVISTA DE LOS SÁBADOS de LUN, sobre las preferencias de nuestros lectores en torno al próximo Premio Nacional de Literatura, arrojó las siguientes votaciones finales:

—	Carmen Abalos	10
—	Fernando Alegría	20
—	Homero Bascuñán	100
†	María Luisa Bombal	20
2	Carlos Droguett	180
—	Alfonso Escudero	50
—	Edgardo Garrido Merino	70
—	Juan Godoy	20
—	Jorge Inostrosa	20
—	Ramón Lira	40
—	Reinaldo Lomboy	20
—	Mahfud Massis	60
—	Nicanor Parra	140
3	Magdalena Petit	160
4	Salvador Reyes	40
4	Alberto Romero	60
—	Andrés Sabella	20
—	Raúl Silva Castro	30
6	María Flora Yáñez	120

La llegada de votos hasta las últimas horas del viernes nos obligó a publicar este cómputo en una página que no es la que indicamos en "Jurado Literario".

Reunión Literaria.—

El martes pasado se efectuó en la librería El Caballo Azul una reunión literaria para presentar la reciente novela de la escritora María Flora Yáñez "El Último Faro" que fue adquirida por el numeroso público con autógrafo de la autora.

Votación Parcial

Han comenzado a llegar los votos para nuestra encuesta sobre el Premio Nacional de Literatura 1967. Cómputo parcial, al cierre de esta edición, era el siguiente:

Carlos Droguett..	30
Alfonso Escudero .	10
E. Garrido M. ...	30
Juan Godoy	10
Ramón Lira	10
Nicanor Parra	60
Alberto Romero ..	10
Raúl Silva Castro .	10
María Flora Yáñez	80



Llegaron también votos para Pablo Neruda, Pablo de Rokha y Manuel Rojas. Como estos escritores ya han recibido el Premio Nacional, no registramos sus votaciones.

"Otra Comarca"



Contemplando la huella de justicia que siempre ha dejado en el ambiente el Premio Nacional de Literatura, nos sentimos obligados a pensar en el nombre de la

escritora María Flora Yáñez, quien a través de su extensa trayectoria literaria, ha enriquecido permanentemente las letras chilenas, enseñándonos una nueva arquitectura en su obra de auténtico sabor nacional.

La novelista conoce nuestro ambiente, ha penetrado en la psicología del ser humano de la época.

Su vasta obra; —Una vida entera dedicada a la labor de crear— ha evolucionado desde el recio realismo de su obra "El Abrazo de la Tierra", comparable sólo a la raigambre criolla de Marta Brunet, hasta la novela de honda y fina psicología.

"La Piedra", de gran vuelo dramático, obtuvo el Premio Municipal de Novela el año 1952 y "Las Cenizas" logró óptimas críticas y fue reeditada en el extranjero.

Detengámonos un momento en "Visiones de Infancia", obra autobiográfica que la escritora nos entregó ya en plena madurez artística y que obtuvo "El Premio Atenea", otorgado por la Universidad de Concepción. Señaló una pauta, una especie de remozamiento, un nuevo modo de mirar y de narrar.

En sus páginas, la juventud parece que hubiera plastificado sus mejores esencias.

Un nuevo y merecido premio ha jalonado su brillante trayectoria literaria. Su obra "Otra Comarca" ha sido declarada texto auxiliar de la educación chilena, por sus altos méritos literarios y educativos. Enriquece y enseña a nuestros niños justamente en aquella época que, aunque más rica en emociones y vivencias, es también la más difícil. En "Otra Comarca" el adolescente aprende a amar los campos chilenos, las flores, el hogar paterno, el centro de la ciudad con sus elegantes mansiones y los barrios con los suburbios de feo rostro. Su pluma alcanzó entonces suavidades de alas para cantar en prosa para el niño como otrora lo hiciera Gabriela Mistral en el verso.

Con la sensibilidad que la caracteriza, la elegancia y sobriedad de su estilo, la escritora ha paseado su pluma de gran dama de las letras por todos nuestros ambientes y con hondas vibraciones ha logrado convertirse en fiel intérprete de ellos.

En este preciso momento, creemos un deber pedir que por fin el galardón máximo que otorgan las letras chilenas corone la obra de tan insigne escritora.

AMALIA RENDIC G., profesora de castellano.

Diario Político

José Victorino Lastarria. Editorial "Andrés Bello". Santiago.

La Editorial "Andrés Bello" en su colección de "Ensayos", que ha cobrado notable vuelo, acaba de lanzar esta obra. El diario comprende desde 1849 hasta 1852, y corresponde no sólo a un período muy agitado de la historia de Chile, sino a uno de los más decisivos en la carrera de su autor. Jefe de la mayoría parlamentaria en 1849, desterrado político más adelante, desafortunado por la Comisión Conservadora, oculto para escapar a algunas persecuciones, el autor logra encontrar tiempo en medio de absorbentes ocupaciones para llevar nota de los sucesos que llegan a su conocimiento. No pretende la

imparcialidad, y es, al contrario, muy apasionado al juzgar a sus adversarios; pero está escrito con singular perspicacia.

Este diario político de Lastarria se publica por primera vez en forma de libro, pues había quedado perdido en las páginas de una revista. La edición presente, autorizada con una informativa introducción de Raúl Silva Castro, aparece además enriquecida con un apéndice de piezas aludidas y citadas por Lastarria en su propio relato.

El Último Faro

Por RAMON GARCÍA CASTRO

En *El último faro* María Flora Yáñez nos entrega una novela de formación, de encuentro del artista consigo mismo, luego de debatirse durante largo tiempo contra el medio que lo rodea y contra sus propios problemas, incertidumbres, impulsos contradictorios. Miguel Arias, el protagonista de esta novela, lucha por llegar a ser pintor, por realizarse en el arte, rivalizando con su padre que lo opaca, un conocido poeta que lo aplasta con su personalidad segura, lejana, aislada de su hijo. Pero, por otra parte, Miguel Arias espera una revelación por boca del poeta como el muchacho de "A través de un vidrio oscuro" que ansía que su padre escritor le hable, se comuniquen con él...

"Cierta noche en que ambos se encontraban solos en la sala, sintió que el padre quería hablarle. Posó sobre él sus luminosos ojos de poeta y entreabrió los labios. Algo inesperado iba a cristalizarse en palabras. El aguardó con ansias, como un animal en acecho, listo para coger aquel "algo" muy intenso que presentía. Pero el padre sólo pronunció una frase corrientemente".

...Miguel, con menos suerte que el muchacho de Bergman, ve frustrado su propósito.

María Flora Yáñez usa el punto de vista de un narrador omnisciente durante toda la obra y presenta las peripecias de este artista adolescente, en que las mujeres hacen el papel

de nuevas Ariadnas para guiarlo por su propio laberinto interior, en capítulos que siguen una secuencia temporal ordenada, tradicional.

Resulta curioso constatar que las mujeres en esta novela son como las encarnaciones de los estados de ánimos de Miguel, o de posibles destinos suyos si dejara que alguna de las numerosas tendencias anímicas dominara de manera exclusiva sobre las restantes. Así su hermana Verónica también representa la oposición a las costumbres establecidas; Virginia, la permanencia en un medio tradicional y la ceguera, opuesta a la sensibilidad de los ojos de Miguel; otras, la enfermedad o la vida solitaria, estéril; algunas, la entrega a lo sensual; calidoscopio abundante, entonces, que repite, caricaturiza o se contraponen a la turbulenta vida interior del protagonista.

Al final de esta lucha por ser auténtico, por salir de su etapa adolescente, Miguel abandona a la familia que lo entraba, deja las comodidades de un hogar pudiente y se retira en pos de ese

"remolino de paisajes, de colores, de figuras", que "lo arrastran con impetu de mar embravecido, pasan ante sus ojos, cubren la atmósfera del cuarto y dictan su mandato al pincel todavía inmóvil. Azules diferentes: marinos, eléctricos, de Prusia. Oro de sol. Amarillos que evocan la yema de huevo o el limón.

Atrevidos bermellones. Verdes furiosos como alas de papagayo o pálidos como el jade o como las tiernas hojas de primavera. Con ojo penetrante, con mano segura, extiende la tela".

Pinta, se comunica, expresándose. Pero no estemos tan seguros de su encuentro consigo mismo, de su realización; la vida puede presentarle nuevos obstáculos tan difíciles como los que acaba de vencer. Todavía no debemos regocijarnos, como nos lo indica María Flora Yáñez en el bello y escéptico final.

"Va fuera de itinerario, sin meta alguna, oscilando entre lo real y lo quimérico. Su corazón late en golpes secos y fuertes, con la regularidad de un pendulo. Late lleno de fe. Porque algo alumbraba a lo lejos, algo enorme. Es el faro, al fin. Pero, ¿podrá contar mañana con esa luz que se destaca, llamándolo? Quién sabe.

Nada es permanente, nada es seguro".

Algunos críticos han señalado que este artista sería Juan Emar, hermano de la autora, escritor y pintor, precursor de Ionesco, muy en boga actualmente, pero incomprometido en su tiempo. En realidad no tiene importancia porque el *novelista*, como dijo Proust — a quien lo reprochaban estas semejanzas con personajes reales —, consciente o inconscientemente toma rasgos de personas que actúan cerca de él, haciendo un verdadero mosaico humano.

María Flora Yáñez y Su Obra En el Extranjero

M. MARTÍ

Leemos en la Revista "Insula", de Madrid, el siguiente artículo respecto de una autora chilena:

"El Último Faro" de María Flora Yáñez es una gran novela hispanoamericana. A su honda psicología une una sobriedad poco común en aquellos países y una musicalidad de estilo que cautiva. De tan difícil naturaleza psíquica es Miguel, el personaje principal de la obra, que se precisa un don especialmente penetrante para retratar, sin titubeos, a este ser complejo, trágicamente complejo. Aparece en él la re-

beldía de la juventud actual, su desorientación, su repudio a todo lo establecido por una sociedad que se derrumba. Dile, ma sin respuesta es la posición de Miguel en la vida. Y esta estampa masculina hincó su marca en la mente de quien, a través del libro, la ha enfrentado.

En cuanto a las mujeres, Claudia, llevando a cuevas un complejo de culpa, es figura de mano maestra; la sarcástica Verónica, insuperable; Sandra, perversa, jugando con el hombre con una crueldad que es sólo comparable a su narcisis-

mo. Y Virginia, ¿cómo describir su figura patética que encarna, por decirlo así, la médula del libro!

Nos sorprende que una mujer, aunque sea novelista de categoría, haya podido analizar la mentalidad de un hombre, de un muchacho de nuestra época, con tal aguda certeza. ¿Cómo llegó hasta sus más recónditos arranques? Es que la vocación de esta chilena parece poseer esa mágica llave que logra abrir todos los prismas del alma humana. Su novelística, estamos seguros, hará escuela". M. Martí.

María Flora Yáñez nos entrega en esta última obra suya el relato de la búsqueda de sí mismo de un joven pintor, Miguel Arias. EL ULTIMO FARO cae dentro de la categoría del "Bildungsroman" porque en ella se admite una trayectoria interior del protagonista hacia un estado más positivo, más maduro y un alejamiento de la condición de adolescente con que se inicia el relato. Otro aspecto de esta búsqueda se advierte en el cambio constante de pareja. Miguel, indeciso frente a las mujeres, no se afianza con ninguna y las renueva con frecuencia.

El argumento de la obra se podría reducir a unas cuantas líneas: María Flora, enemiga de las truculencias, enfrenta a sus personajes con un mínimo de vicisitudes, apenas las situaciones necesarias para poder desplegar esa hondura psicológica y poética, ese ambiente de ensueño con el que ella ha sabido siempre impregnar toda su obra, desde su novela, cronológicamente lejana pero siempre vigente, "Las Cenizas". En "EL ULTIMO FARO" entrega una joya depurada por la mano de una artista sabia que no talla ni una pincelada de más.

Resulta entonces un dia-

EL ULTIMO FARO

ante que aprisiona y refleja sólo la luz más pura. Podríamos, tal vez, decir que María Flora nos recuerda a una gran escritora neozelandesa o a una famosa novelista británica, pero, para qué compararla con nadie; ella es nuestra y pertenece al más acendrado patrimonio intelectual de Chile, porque las situaciones y personajes que ella describe son netamente chilenos, aunque no pertenecan a los estratos sociales marginados sobre los que casi todos nuestros escritores novelan, siguiendo la moda de los últimos cuarenta años. Esperamos que alguna vez en nuestro país se comprenda y premie la labor de chilenuismo

que realiza silenciosa y abnegadamente María Flora Yáñez.

WALDO LAZO

La Última Novela de María Flora Yáñez

Por RAUL SILVA CASTRO
de la Academia Chilena

¿Es preciso que el autor de una novela sienta amor por sus criaturas, hasta el punto de presentarlas como si justificara sus deslices, sus errores, sus actitudes menos dignas de perdón? Esta pregunta, cien veces planteada y que otras tantas se han quedado sin respuesta, cabe hacerla ahora ante "El último faro" (Editorial del Pacífico). Firma esta obra María Flora Yáñez, quien lleva no pocos años de ejercicio literario, durante los cuales ha producido novela, cuento y páginas íntimas, de rememoración de la infancia. Más aun: en aquella jornada de cultivo de las letras ha recibido elogios ardientes, aclamaciones de vivo entusiasmo, y se ha saludado en ella una soberana del estilo, por la discreción sutil y elegante de que hacía uso para sugerir en el alma del lector cuanto convenía a su designio como creadora.

¿Qué hay de todo ello en esta nueva novela? Dicho de otra suerte: ¿se confirman con este título las anteriores promesas, pueden corroborarse los aplausos, o el ánimo, tímido y recogido, ha de volverse hacia el silencio para buscar allí los delicados eufemismos y las tautologías en que suelen disfrazarse las censuras?

Salgamos pronto al paso de tantas reservas, diciendo clara y categóricamente que "El último faro" es una novela digna de ser leída, cuyo estilo no parece tan castigado como en otras, si bien alguna ceniza guarda de los antiguos fuegos. Más aun: muestra un rincón de la vida moderna, donde el arbitrio de la autora ha querido no ya introducir sólo una sonda sino un grueso trócar, a cuyo empuje salen a la superficie muchas cosas que no siempre es grato revelar. Nos encontramos, si se quiere, ante una autopsia.

Miguel, el personaje principal de esta novela, el único cuyas peripecias interesan de verdad a la escritora, Miguel, decíamos, es un caso clínico de desequilibrio intelectual y moral. Aleje de su vista el lector la imagen clásica del loco que con los ojos desorbitados y llenos de espuma los labios se retuerce en el paroxismo de un ataque. No, nada de eso. No es la única forma de locura que existe. La de Miguel es fría, concentrada, cejijunta, suele llevarle a pequeños arrebatos y a frecuentes desilusiones; cae en la indiferencia y en las menudas hostilidades, y consiste ante todo en una anticipada y precoz sensación de soledad. Inmerso en el estudio de una carrera universitaria, no se siente estimulado a continuarla. La prosigue, sin embargo, y obtiene el título, pero entonces no desea ejercerla. Hay una quimera en el fondo de su espíritu, quimera en torno a la cual podría organizarse — ¡Dios mediante! — tan descabada personalidad. Aspira Miguel a pintar, y pinta varios años con desmayo, sin mayor entusiasmo, hasta que de pronto lo deja todo — familia, hogar, profesión — para entregarse a la seducción que de lejos ejerce sobre él la pintura.

¿Nos encontraríamos ante la repetición del caso de Gauguin? El pulcro oficinista, el empleado bancario, el padre de familia, el señor de buen parecer que colgó un día sus atuendos de ser civilizado y se fue a una isla oceánica a pintar con demencial furia... Puede ser. Todo puede ser en literatura. Pero cuando ya estamos imaginando aquella solución y haciéndonos a la idea de que el ser vulgar, irascible y sin atracción alguna que es Miguel, irremediable lisiado del espíritu, se trueque en pintor famoso y estupendo, viene un inoportuno punto final y la novela termina. El que sea o no un nuevo Gauguin, con caballos azules y ninfas de cobre, queda para una segunda parte que la autora, según parece, no ha escrito.

El gran problema psicológico que plantea esta interesante novela es el de saber si la extrema sequedad del alma, el páramo infecundo de un espíritu negativo y tímidamente perverso, es compatible con el florecimiento de una ardiente capacidad pictórica. Veamos una prueba. Ha muerto el padre de Miguel, y la novelista cuenta así el trance: "Miguel no siente dolor ni emoción. Sólo un anhelo imperioso: huir de allí, dejar ese escenario teatral para concentrarse en sí mismo y recuperar su verdadera esencia. Pero no se atreve a partir, sujeto por quien sabe qué lazo" (pág. 106). Nosotros sabemos cuál es el lazo: la cobardía, porque si Miguel fuese un hombre arrojado huiría seguramente dejando solas en el duelo a la madre y a la hermana, sin piedad, sin remordimiento, como buen lector de Nietzsche cual nos lo presenta la autora (pág. 47). El impulso de

la fuga es casi permanente en él: "Subitamente, con ansia tremenda, él anhela espacios abiertos, montañas y agua. Dejar la atmósfera sofocante, embriagadora de aromas, y sumir los ojos en el azul del líquido y del aire" (pág. 109).

Estas fugas histéricas, inmotivadas y sin prosecución, parecen componentes de la insania que revela el protagonista en casi todos sus pasos, locura gris, sin grandes arrebatos, acedia ante las cosas de la vida, ineptitud para adaptarse y congelar, pero locura al cabo, pues — insistimos — no es obligatorio que el loco lo sea en el grador del furor.

Es posible que al paso de esta singular novela, de tan interesantes repliegues ocultos bajo la superficie, se diga que en ella ha sido instilada una fracción del desasosiego o la "angustia existencial" de nuestra época. Puede ser; en literatura, ya lo decíamos, todo es posible. Debe notarse, eso sí, que por los propios días en que la novela fue observada, junto a Miguel y a su oscura tragedia de niño mal criado, miles y millones de seres voluntariosos y enérgicos se abren paso con optimismo, bregan, se exponen, van y vienen, construyendo afanosos algo: una familia, una reputación, una industria, una carrera. Todos aparecen iluminados por dentro: la fe, una fe algo ciega pero robusta, tenaz, los alienta, fe en un ser querido, fe en la bondad primordial del hombre en cuanto género humano, fe en el porvenir, fe en la providencia de una religión.

Un pobre demente como Miguel no puede ser heraldo de una generación dotada de pujanza y de interés en la vida humana, pues las dos virtudes, por lo menos, le faltan a él en grado heroico y eminente. Posee mentalidad inconfundible de suicida, y si carece de virilidad para quitarse la vida, seguramente llevará su delirio hasta caer, poquito a poco, en la vileza universal, y acaso llegue a ser un pobre pintor fracasado, después de fracasar como abogado y de ser un derrotado en todas las citas y compromisos que la existencia ofrece al hombre. Pero no anticipemos, porque no es legítimo: el que Miguel fracase en la labor de pintor que se ha propuesto, forma parte de la historia no escrita, esto es, de la que la autora parece haberse dejado en reserva para una segunda parte. ¿La tendremos?

Nada se sabe; sabemos, sí, que un ser desequilibrado no puede, salvo error u omisión, ser juzgado como representante sino de los desequilibrados del mismo tipo y corte clínico que existan junto a él en un determinado medio ambiente. No es legítimo atribuirle la personería de los demás; ni le asiste el derecho de imaginar que su desequilibrio es mejor que la adaptación pasiva y sumisa del mayor número. Nada de eso. Yo no pretendo hacer la apología de los normales; lo que sí quiero es trazar un claro y nítido deslinde para señalar cómo Miguel carece, por el carácter borroso y crepuscular de su fisonomía, del derecho de tomar la voz en nombre de una fracción de la sociedad a la cual no desea entender. El asco, la desilusión, la náusea inclusive (p. 167 y 177), son las respuestas propias de su mísera alma, conturbada por anhelos imprecisos y ansias sin contornos. Hay para compadecerlo, y por caridad cristiana lo compadecemos. No nos parece, justo, eso sí, que se le dé como heraldo de toda una época en la cual el hombre, disciplinado, exacto, atento a lo que persigue, ha hecho avanzar inmensamente la ciencia y la tecnología, invade el espacio y sigue consolidando su dominio sobre la tierra y cuanto la rodea. En medio de esta euforia de creación y de búsqueda, hartos lisiados del alma han de parecer los individuos como Miguel que flotan en el vacío, a ras de tierra naturalmente, lo justo para estorbar el paso de todos los demás seres humanos.

Y la autora, a todo esto, ¿qué es de ella? No la tenemos olvidada, por cierto. La autora, según se hace patente a nuestro medestísimo parecer, tuvo el raro atrevimiento de llevar a su novela un caso clínico, en donde los rasgos patológicos se dan con inequívoco relieve. Su osadía merece aplausos, más o menos en el grado en que antes los tuvo la delicadeza de sus evocaciones, el tono evanescente y exquisito, la lengua alada y sutil y el bien concertado ambiente dispuesto para exhibir los conflictos de sus personajes. Todos esos son valores permanentes de la literatura de María Flora Yáñez, y le conceden lugar aparte en el mundo de la creación novelesca de Chile.

Campo Abierto

MARIA FLORA YÁÑEZ

"El Último Faro" es una de las novelas más importantes producidas en Chile y en el Continente durante los últimos tiempos, no sólo por el análisis psicológico del personaje central, sino por la visión y percepción de la época que vivimos.

Eso es María Flora Yáñez, su autora: una visionaria, una iluminada, ajena a corrillos literarios y, por lo mismo, difícil de apreciar para quienes hunden el arte en propaganda y en moldes ya caducos aunque todavía imperantes. Hermana menor de Emily Dickenson y de Emily Bronte, María Flora va por la vida sumida en un mundo de ensueños que se cristalizan en libros a veces extraños, siempre límpidos de estilo y originales. Novela clave se ha dicho de "El Último Faro". ¿Es Miguel el hermano de la autora? Tal vez. Poco importa. Es, en todo caso, un hombre que se enfrenta al lector, vivo, reblede, con sus

problemas a cuestas.

Impresionantes son los capítulos acerca de Claudia la histórica, cuya historia se desliza palpitante en el marco de los cerros y el puerto de Valparaíso. Y fascinante también es el relato muy femenino de la ceguera física a que llega Virginia, así como aquel de la perversidad de Sandra y de la muerte de Clara.

Almas todas que nos sacan de nuestros propios conflictos para llevarnos de la mano hacia un universo denso y prismático en sus múltiples facetas.

La figura del padre de Miguel aparece como telón de fondo, moviendo sin querer la secreta conducta del hijo, quien consigue, por fin, liberarse de aquel poder subyugante.

Al final del libro se produce artísticamente un paro, un suspenso. ¿No es acaso la vida un eterno suspenso? Todo se aguarda, pero... **"nada es permanente, nada es seguro", dice la autora.**

A quienes no quie-

ran entender la hondura, la originalidad de esta novela, podríamos recordar la frase con que condena Miguel a los que se obstinaron en no valorar el arte de su padre: "sepamos perdonar a los grandes artistas el haber sido nuestros contemporáneos".

Héctor MUÑOZ RAMOS.

EL NUEVO "CITROEN DYANE 6" DE 3 CV A LA VENTA

PARIS.— El nuevo modelo de Citroën "Dyane 6" de motor de 3 CV (el mismo motor del amí-6) ha sido puesto a la venta en Francia.

El "Dyane 6" alcanzará una velocidad punta de 110 kilómetros por hora y costará 1.280 dólares (la berlina standard) y 1.360 dólares (el modelo "Confort").

Este nuevo vehículo que está dotado de un motor de 602 centímetros cúbicos, tiene cuatro velocidades y consume alrededor de los 5,5 litros de gasolina cada cien kilómetros.

Impresiones de un 14 de julio en París



UNA HORA intensa, de esas que imitando a Stephan Zweig puedo llamar "momentos estelares", viví cierta noche durante un itinerario del 14 de julio en París, dos años apenas después de la última guerra. Fue intensa, no porque ocurriera ningún acontecimiento memorable, ni siquiera

alguno de esos sucesos típicos que marcan el recuerdo, sino por la "atmósfera" en que transcurrió esa hora y por las vibraciones y sensaciones que pude captar. Habíamos comido en grupo aquella noche, pero nadie tuvo interés en presenciar después la fiesta callejera. Para mí —lo sabía de antemano— el mezclarme a la muchedumbre iba a ser un experimento en el que cogería ricas experiencias. Pero era preciso, para ello, salir a pie casi a medianoche y seguir la trayectoria más humilde, único modo de penetrar un poco el alma de la multitud parisiense de postguerra y con ello su angustia, su desesperación, sus esperanzas.

Entré al "metro" de la Plaza de la Concordia y salí, al azar, frente al Hotel de Ville. Súbitamente me sentí sumergida en lo irreal. Recordé otros 14 de julio, anteriores a la guerra, en que pequeños grupos bailaban en las calles, diseminados a lo largo de diversos centros parisienses. Ya no se trataba de eso. La guerra había cambiado el sentido íntimo de la celebración. Ahora eran masas humanas las que se movían en medio de los edificios sabiamente iluminados y el espectáculo tenía una fuerza impresionante. Sin saber cómo, me vi zambullida entre la multitud, como un nadador dentro del mar. Durante mucho tiempo caminé por las calles, incorporada a esa masa compacta que parecía poseer una sola alma y que marchaba con majestuosa lentitud, como

Por

María Flora Yáñez

un gigantesco animal. No podía ya apartarme de ella y sentía en mí la ligereza de una pluma que el vendaval empuja en remolino permanente. Porque yo había dejado de ser persona, para transformarme en una ínfima parte de aquella agrupación.

Un sordo y constante rumor subía por doquier, como una tempestad, y yo palpaba la pequeñez del ser humano dentro de un universo sin sentido, entre mil individuos que caminan, caminan, sin saber bien por qué, guiados por fuerzas misteriosas que los arrastran. ¿Hacia adónde? No lo sé. Ibamos ciegos, íbamos atentos, proyectados hacia adelante por algo superior a nosotros mismos. Entretanto, yo sentía nacer en mí una actitud que podría calificar de religiosa. Porque, por una singular paradoja, es a veces en medio de la multitud cuando mejor se encuentra uno a sí mismo, dejando atrás los afanes y problemas que lo atan a la vida cotidiana.

En suave pendiente, descendíamos siempre. La Bastilla. Murmullo cadencioso y continuado, semejante al de las olas del mar. Era la masa humana que respiraba, que se movía. Millares de ventanas abriáanse hacia el cielo, como hoyos de amianto. Las luces potentes de los reflectores iban acariciando los viejos edificios de París con sus lóbregas y ruinosas entradas, restos de un pasado opulento. Esas entradas que parecen túneles llenos de secretos y que sólo existen en las ciudades milenarias que cargan con una larga historia. Frente a ese universo de piedra patinada, yo sentía que nunca antes me había fundido tan perfectamente con el

alma de París. ¡Ah, qué suerte ir sola, en silencio, captando intensamente, sin que nadie viniera a perturbar con sus reflexiones mi asombro! Me encontraba en un plano de irrealidad y no obstante percibía en cada cosa un significado especial que armonizaba con el conjunto cual si se tratara de una maravillosa sinfonía. Cada rumor, cada aliento, tenía un sentido.

Entretanto, el monstruo seguía rodando, mientras en los rincones de las calles —llamados deliciosamente en francés "carrefours"— la música y la danza alternaban con el ir y venir. Las torres de Notre Dame, envueltas en un halo de luz, clavaban sus aristas en el cielo, teñido como una acuarela. Y de pronto atravesó el espacio un rosario de siete aviones, dejando caer su voz fría y mecanizada, típico latido del siglo XX, que hería todos los oídos de París. Abajo era tal la apretura, que creí, por un momento, que la muchedumbre iba a clamar, a pedir auxilio, o a desbandarse desfavorida, en un entreechoque de cuerpos. Pero no. Siguió su marcha con una majestad de río adormecido.

Olvíde la vida real y los sucesos que me rozaron durante el día. Pensaba: "Tal vez este gentío, esta aglomeración, cree que se está divirtiendo; tal vez ignora que esto es más que una diversión. Yo, en cambio, sé. Sé que este espectáculo, esta fiesta, es algo así como un símbolo, como una anticipación a otra cosa. O como una anunciación."

La noche se hacía más y más clara al reflejar su espejo las mil luces artificiales que París encendía para celebrar su 14 de Julio. Arriba, en un misterioso santo y seña, Venus y Júpiter titilaban. Y abajo, nosotros —la multitud— seguíamos andando, andando, sin rumbo fijo, en silencio, pero unidos por la misma inmensa vibración.

20 Julio 1952

Comida de Navidad Del Club Zonta.—

La comida de Navidad del Club Zonta se realizará el próximo miércoles en el Club de Carabineros y no el jueves, como se había anunciado anteriormente.

Se encarece a las socias comuniquen su asistencia al teléfono 498028.

Reunión Literaria.—

En la próxima semana, el escritor Enrique Lafourcade ofrecerá en su librería El Caballo Azul (Torres de Tajarar), una reunión para presentar la nueva novela de María Flora Yáñez, "El último faro", que podrá ser adquirido por el público con un autógrafo de la autora.

El Último Faro

Novela de María Flora Yáñez

La autora materializa con penetrante análisis envuelto en poesía, el abismo de soledad que existe entre el hombre y el artista. Miguel, personaje del cual ella se vale para mostrarnos el sollozante umbral de la época actual, entre un mundo que muere y otro que nace, está trazado con rasgos de infinito. María Flora nos lleva a través de la trayectoria de un artista y, sin perder el vuelo durante la novela, sitúa al lector en un clima vibrante y embriajado, haciéndonos espectadores y a la vez participantes de la sensibilidad que lo mueve. Miguel es víctima y victimario, juez de sí mismo hasta el punto de destruirse en cada uno de sus actos con crueldad desafiante.

Por momentos, Miguel, toma la altura de un campanario; en otros, se nos desvanece como un Hamlet sin tragedia.

Todo este juego emocional se proyecta en el lector mientras el personaje muere y resucita cada día. "¿Qué sopro adverso lo ahoga? Se concentra con un hueco en el pecho. Y mira a su alrededor, como si en los objetos hubiera de encontrar la valla que detiene su vuelo", (pág. 50).

¿Cómo transigir? ¿Cómo doblegarse? El genio del padre proyecta sobre él su inmensa sombra, clavándolo en la nada. Y la secreta admiración de Miguel por ese padre remoto,

enigmático y genial, es el tremendo obstáculo en su propia realización. "Sus ideas se canalizan limpiamente. Pero ¡qué difícil es ser el hijo de un buen poeta! Hay que mostrarse a la altura, aunque sea en otro terreno y ello, ese esfuerzo, ese respeto hacia un ser que está siempre allí, invisible pero poderoso en su altar, convierte al espectro en enemigo".

En otra parte, Miguel piensa: "¿Qué importa, al fin y al cabo, no saber hacia dónde se va. ¿Qué importa caminar a tientas y quedar fuera de la realidad del mundo. No se trata de ser feliz como cualquier burgués. Lo importante es encontrarse a sí mismo en medio de la niebla y dar un fruto, su fruto. O, quizás, algo más simple: saber para qué se vive y qué cosas habría que sacrificar para que

haya valido la pena haber pasado por el mundo". (Pág. 53).

La vida amorosa de Miguel es un eterno desencuentro. Se palpan los extremos: Sandra es vida. Mariana es muerte. Y a Virginia, la mujer cumbre del libro, la vemos situada en un plano puramente sensorial.

María Flora Yáñez se ha introducido magistralmente en ese túnel interior que lleva consigo cada artista y ha sabido tender el puente entre él y su mundo: "Es preciso enfrentarse con su gigante interior aunque tenga que llegar a él dando un rodeo". (Pág. 16). Con sutileza desprende a su protagonista del ropaje profesional y triunfador de hombre burgués y lo guía hacia la luz del último faro que no es sino el primero.

M. V.